

Entrevista a Juan Vicente Piqueras

Milán, 20 marzo 2014.

Juan Vicente Piqueras: ...pfff, vaya... pfff, esto¹ es más duro... pues, es duro sí... ya que vuelves a vivir el momento en que lo has escrito... vuelves a vivir cosas... ya que es un ejercicio que no haces nunca, lo de leer tus propios poemas en voz alta estando solo...

Alessandro Mistrorigo: ...con estas palabras ya estamos dentro del ámbito de esta charla... me llevas tú mismo... pero primero quería preguntarte si te gusta tu voz al leer... tu voz física...

JVP: A mí me gusta mucho leer en voz alta y me gusta mi voz. Yo creo que tengo dos cosas buenas: mi voz y mi mujer... y todo lo demás son casi defectos. Pero la voz, pues, sí... trabajé en la radio... yo de niño quería ser cantante, entonces he cantado mucho, canto, no canto mal, pero, digamos que es una profesión frustrada la de cantar. Me gusta la poesía como canción. Me gusta el ritmo, la música y creo que la poesía tiene vocación de voz, es decir que quiere ser dicha, quiere ser gustada y que quiere ser sonora y entonces a mí me gusta mucho... Pero claro, lo que pasa es que es una experiencia extraña porque uno, primero no se lee a sí mismo, sobre todo después de haber publicado el libro, ya pasas página y te olvidas, y cuando lo haces es porque lo haces en público... Pero leerte a ti mismo solo y en voz alta es una experiencia curiosa. Yo, al leerme hoy, a través de mi voz he vuelto a vivir algunas sensaciones de cuando lo escribí. Hay un bolero español, el bolero es la exageración del amor, el bolero cubano, hay un bolero de Antonio Machín que se llama *Envidia* y dice: «Envidia, tengo envidia

¹ Se refiere al ejercicio de lectura en voz alta que precede esta entrevista durante el cual se grabaron algunos de los poemas del entrevistado para el archivo digital Phonodia. Las grabaciones se pueden encontrar al enlace siguiente: <http://phonodia.unive.it/people/juan-vicente-piqueras/>

del pañuelo que una vez secó tu llanto y es que yo te quiero tanto; envidia, tengo envidia de las olas, tengo envidia de todo...» y al final, en un exceso barroco de amor dice: «Y mira si es grande mi amor, que cuando digo tu nombre siento envidia de mi voz». Ese exceso, esa envidia de mi voz, me parece el colmo, pero, bueno, por retomar el hilo, creo que la prueba del nueve de la poesía es la voz. Es decir, podemos crear imágenes; , hay poesías muy *imaginistas*, podemos hacer maravillas de todo tipo; sin embargo, en el origen de la poesía está la canción, la música y, por tanto, como decía Lope «sabe el fruto a su raíz», el fruto depende de su raíz y la poesía siempre estará ligada a la música, siempre estará ligada a la sensualidad, a la musicalidad del idioma; siempre es donde un idioma canta. Hay culturas que no tienen literatura, por ejemplo, pero no hay ni una en el mundo que no tenga poesía, porque lo primero que hicieron los primeros hombres es quejarse del dolor y cantar también el asombro ante el mundo, de manera que la canción, el canto de amor, el canto ante la muerte, el canto ante los misterios fundamentales de la naturaleza y de la naturaleza humana, esa es la poesía, es la semilla de la poesía, y el jugar también. Todos cuando somos niños... las cantilenas, las nanas. Todo eso, es decir, el descubrir la música que hay dentro de las palabras, que es fascinante. A mí me gusta mucho que haya rimas internas, que haya resonancias, ecos que se corresponden, quizás ya no las rimas, aunque he leído un soneto, pero sí la música dentro, esas correspondencias sonoras...

A.M.: Me gusta muchísimo lo que estás diciendo y te dejaría hablar porque lo que cuentas es exactamente de lo que va el proyecto Phonodia... pero hay cosas que quiero preguntarte como por ejemplo si, a la hora de leerte a ti mismo a solas y en voz alta tal y como hiciste aquí, acaso vuelves a revivir, a sentir cosas que de alguna forma te devuelven a ese momento originario de la escritura...

J.V.P.: Sí, aunque yo no me lo esperaba... pero sí, me ocurre ante el público también... pero ante el público me ocurre menos porque ése es un gesto más teatral, desde el momento que hay un escenario, hay un público que te mira y tú ya estás en una tarima, un poquito en alto y hay un micrófono, aquello ya pasa a ser una puesta en escena,

sencilla, pero una puesta en escena. Pero si tú te encierras en una habitación que es el dulce suplicio al que me has sometido, sin agua [se ríe; N. Del R.] y eso es importante, porque la sed es muy importante en mi poesía, «nacemos de la sed» dice el poema “Palmeras”, y me condenas a leerme a mí mismo en voz alta, que puede ser un ejercicio de narcicismo solitario y fantasmal aquí en un estudio, pero es curioso que concentrándote e intentando poner voz a las hormiguitas estas, que están aquí, fósiles en la página, vuelves a revivir... y yo creo también que es la experiencia que hace el lector... pues, el lector de poesía es curioso, porque lee en silencio en voz alta: es decir, que tiene una forma de leer en silencio, pero con una voz alta interior; es como cuando tú lees y estás «...» [aquí JVP ronronea algunas palabras formulando un sonido rítmico leyendo algunas palabras de forma ininteligible con una voz baja e imitando el gesto de lo que quiere enseñar como lectura “interior en voz alta”; N. del R.] y es como cuando lees el endecasílabo así, pues, esa es una voz alta interior.

A.M.: ...¿y a ti te ha pasado esto? ¿Te pasa de leer cuando estás escribiendo? A lo mejor no lees en voz alta, pero lees con esta con una voz interior para ver, como dijiste antes, si funciona...

J.V.P.: Sí, sí... es el ritmo; mucha veces es el ritmo el que te guía, es la música de ese poema, el tono de ese poema el que te arrastra y vas encajando las palabras, llevado por un ritmo. Yo creo que la gracia del momento de la escritura, eso que algunos llaman “inspiración”, o llámalo si quieres “momento de gracia”, “momento especial” que hace que la poesía sea rara, porque no puedes despertarte un día y decir “hoy voy a escribir un poema”, eso no depende de ti... es que hay algo de musical, de gracia que te ocupa y llega con una melodía, con un ritmo...

A.M.: Esa frase ¿no? «Sto bene, sono morta martedì»... es una frase que se te queda en la cabeza... Y, a la hora de la inspiración, llamándola así, ¿acaso hay un murmullo, unas palabras, un susurro que te llega a las orejas?

J.V.P.: Sí, pues, hay muchos modos... porque la poesía está siempre presente, está en el lenguaje cotidiano. La gente está hablando y no sabe que están hablando con metáforas, que está hablando con un ritmo y que las elecciones lingüísticas que hace cuando uno está hablando con otra persona muchas veces son de índole poética, porque quiere seducir o porque quiere convencer o porque quiere que suene bien lo que está diciendo. Todos queremos que haya un ritmo, una especie de música de las esferas que gobierna esto a pesar del caos y entonces yo creo que sí... que, por ejemplo, a veces, en las frases robadas, al vuelo, en la calle, sacadas de contexto, son auténticos poemas, es decir, no sólo la frase de esta amiga que era implícitamente poética por la situación que estaba viviendo... pero recuerdo salir en el mercado de Valencia una vez y oír a dos señoras y una le estaba diciendo a la otra: “Espero que no haya espinas”. Es decir había comprado pescado y esperaba, claro, que no hubiera muchas espinas en el pescado, pero ves que este “Espero que no haya espinas” con la repetición de “esp” de “espina”, de “esperanza” que, al final, sacado del contexto, es lo que todos esperamos, que en una historia de amor, por ejemplo, no haya espinas, que haya sólo rosas o que el pescado no tenga espinas, luego la vida te trae espinas, pero hay frases escuchadas así, otras escuchadas por la calle al vuelo... y dicen “sí sí te dicen que aman y luego te cortan los brazos”. Es decir en el lenguaje oral hay parangones, comparaciones que son muchas veces poéticas en el lenguaje cotidiano, por tanto la poesía no es ese lenguaje de una casta sacerdotal que habla de manera áulica y esdrújula y bastante distante del vulgo. Es también eso, pero existen las dos corrientes y creo que sería bueno saber unirlas, la corriente sencilla, cotidiana, de lo que pasa en la calle, de la música del agua que va en el río junto a las elaboraciones digamos más sofisticadas propias de la poesía culta, pero yo creo que la motivación está siempre ahí, puede venir de cualquier cosa.

A.M.: Antes citabas las palabras del bolero, «tengo envidia hasta de mi voz», y la experiencia que has tenido como locutor de radio, de cantante también... Pues, me gustaría preguntare ¿dónde sientes tu voz? ¿Si la podrías localizar en alguna parte de tu cuerpo, o si acaso la sientes fuera de él... de ti?

J.V.P.: La voz sale del alma, sea lo que sea el alma. Y la poesía también. En el sentido más popular y caprichoso de esa expresión. Si alguien me pregunta por qué he escrito ese verso o ese otro, la respuesta más correcta y sencilla sería esa: *porque me ha salido del alma*. Yo creo que el alma es un algo, un animal invisible que vaga dentro de nosotros entre el diafragma, los pulmones, el corazón, el cerebro, no sé... Cuando una persona muere, se dice que expira, que entrega su último aliento, su último respiro...se pierde una voz.

A.M.: ¿Cuándo empiezas a escribir un poema, acaso hay una “presencia vocal” – como por ejemplo un susurro, un musitar, un murmullo – que está “detrás” o “antes” del verso? Estoy pensando en un sonido, un tipo de aliteración que a lo mejor todavía no es o no conlleva un significado...

J.V.P: Así es, así es. Veo que entiendes mucho de poesía. A menudo es un susurro, una voz interior que echa a hablar y se arranca con un verso, ese primer verso que decía Coleridge que nos dan los dioses, esa semilla musitada... sí.

A.M.: ¿Los versos llegan a tu oído ya con un “cuerpo vocal”, es decir como algo que ya está formado? Y la que te llega podrías llamarla – un poco como aquella voz del lector de poesía que describías antes – una “voz interna”?

J.V.P.: Sí, hay una voz que nace, digo y escucho al mismo tiempo, pero también hay toda una estrategia para pescar esa voz, para no dejar que se escape, para atraparla al vuelo. Los versos son como pájaros o peces. No se dejan atrapar fácilmente. Hay que dejarlos que vuelen o naden en ti y llevarlos a la página con delicadeza y decisión. Es un oficio muy raro este.

A.M.: Al empezar a escribir ¿llevas dentro una voz que percibes como física, sonora, con un cuerpo acústico, rítmico – que a lo mejor suena sólo dentro de tu cerebro – y que necesita, que pide encontrar un espacio?

J.V.P.: Cada uno de nosotros lleva dentro no sólo una voz sino diversas voces que le hablan y le dicen y le cantan y le cuentan. No solo Pessoa o Shakespeare, todos somos un coro de voces encontradas, disonantes, a menudo enfrentadas. Somos un campo de batalla entre varias voces. Hay poemas que reflejan esa lucha, otros que son concordia, otros monótonos, pero todo en poesía es voz.

A.M: En el momento en que estás escribiendo ¿escuchas tu voz? Y ¿qué rol tiene esa voz en tu escritura? Pienso en una lectura que de alguna forma te ayude a entender que lo que estás escribiendo funciona rítmica y acústicamente...

J.V.P: Yo no escribo al dictado de mí mismo ni copio en el papel una voz interior que me dice el poema. Sí copio ese verso regalado, ese don, pero el resto del poema es un avanzar entre la niebla, a tientas, dejándote llevar por la emoción, por el tono, por tu estado anímico y por el ritmo, pero yo no sé exactamente lo que voy a escribir ni lo que escribo ni lo que he escrito hasta que no he acabado. Escribo en un estado a veces sonámbulo, a veces más despierto, a veces un tanto ebrio, depende. Hay muchos yoes en un solo yo.

A.M.: ¿El ejercicio de lectura en voz alta, a lo mejor a solas, como hicimos antes, de qué manera influye en tu escritura?

J.V.P.: Corrijo los poemas leyéndolos en voz alta, sometiéndolos a la prueba de la voz alta. Sólo al oírlo sé cómo es el poema, sé cómo suena, claro.

A.M.: ¿Crees que se podría decir que la acción de leer en voz alta desata una forma de desdoblamiento o, en cambio, percibes este ejercicio como una reafirmación de tu autoridad con respecto al texto? Me refiero a la acción de leer un texto tuyo, un poema que hayas escrito tú...

J.V.P.: Creo que la voz es el destino del poema. La “voz alta dentro” o la voz alta en público. Y cuando leo un poema creo que estoy llevándolo a cabo, a su destino. El poema no está acabado cuando uno lo ha escrito sino cuando alguien lo lee, le da su alma y su voz.

A.M.: ¿Qué tal cuándo otra persona (tal vez un actor) lee tus poemas?

J.V.P.: Depende. A veces lo hacen maravillosamente y a veces lo destrozan. Me ha ocurrido de todo. Pero la sensación es muy curiosa, la de oír lo que has escrito tú en otra voz. Me da un poco de vértigo: como si quien lee fuese yo y yo estuviese en su voz. Al fin y al cabo, ese es el milagro de la poesía, que yo es también otro, que todos somos yo, que un mismo verso escrito en soledad puede servirle y a hacerle compañía a otra persona en otra parte del mundo y en otra época.